

*Palabras del P. José Juan Del Col, sdb, en la Colación de Grados a Profesores, el día 13 de setiembre de 2013*

Esta tercera Colación de Grados del año en curso es para los 53 egresados de nuestros Profesorados, a excepción del de Psicología, cuyos recientes egresados recibieron el diploma el 8 de junio ppdo. El 28 del mismo mes lo recibieron los recientes egresados de la carrera de Psicopedagogía.

Cada Colación de Grados es una alegría, una fiesta, no solo para quienes van a recibir el diploma, sino también para el Instituto, como asimismo para los padres, familiares y parientes y todos aquellos que acompañaron a los ahora noveles egresados y los ayudaron, alentaron y sostuvieron de una u otra manera durante los cuatro años de sus estudios superiores.

A ustedes, queridos noveles Profesores, sinceras y vivas felicitaciones, de mi parte y de parte del Instituto, de cuyos diversos estamentos (directivos, docentes, personal administrativo y de maestranza) asumo la representación. El Instituto se complace en unirse al regocijo de sus familiares y amigos, como también a los buenos deseos de los mismos para el desempeño de ustedes, flamantes profesores.

Buenos deseos, particularmente oportunos hoy en día. Es que la situación escolar deja mucho que desear. No es ahora el caso de señalar fallas de tal situación. Un solo ejemplo: el *bullying*. En la edición de *La Nueva Provincia* del lunes ppdo. (8 de setiembre), se leía que “los casos de acoso escolar conocidos como *bullying* son una problemática que golpea con dureza en las escuelas de todo el país, donde 6 de cada 10 alumnos reconocen que molestaron a sus compañeros, mientras se reiteran con mayor frecuencia episodios de violencia”.

Los alumnos son un reflejo de la sociedad. Lamentablemente nuestra sociedad es escenario de violencia y de varios factores que la producen o la posibilitan, tales como la estridente desigualdad social, la pobreza e indigencia de millones de conciudadanos, la inseguridad personal; en varios casos, el desprecio de la vida y dignidad humana (como en el caso del aborto), la falta de diálogo, etc.

Incluso a nivel mundial se asiste a feroces luchas entre facciones rivales, a flagrantes violaciones de los derechos humanos, incluso a masacres, como suele ocurrir en Nigeria, en la República Democrática del Congo, en Egipto, en Siria y en varios otros países. Notable el ensañamiento contra los cristianos en países enteros, como China, Paquistán, etc. Así y todo, por lo general priva una actitud indiferente. El Papa Francisco en Lampedusa habló de la globalización de la indiferencia.

Pero, si bien el panorama mundial y nacional no es nada róseo, sino más bien hosco, se ha de propiciar la esperanza, el optimismo, el sano idealismo. Un nuevo mundo, una nueva sociedad es algo posible. Los discípulos de Cristo, en especial, tenemos que colaborar para la implantación o afianzamiento del Reino de Dios en la tierra. A

nosotros, sus discípulos, Cristo nos repite: “No teman. Yo he vencido al mundo. Yo estaré con ustedes hasta el final de los tiempos”.

Todos, cristianos y no cristianos, hemos de ser artífices de un mundo nuevo, donde reinen la justicia, la libertad, el amor y la paz. El Papa Francisco confía en forma especial en los jóvenes, en su idealismo, en su empuje.

En la reciente Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro, varias veces el Papa interpeló así a los jóvenes presentes en el balneario de Copacabana: “¿Quieren transformarse en esperanza? ¿Se atreven a transformar el mundo, a hacerlo más justo? ¿Tienen el coraje de recoger este desafío?”

A un grupo de jóvenes peregrinos de Brescia, ciudad del norte de Italia, el Papa, el día 8 de agosto ppdo., les dirigió palabras de ánimo, de vivir la vida no como un juego, sino como algo serio y en plenitud, porque semejante vida es la que da alegría, y los invitó a ser responsables.

En el citado discurso en Copacabana el Papa Francisco instó a los jóvenes a ser protagonistas de la historia y del cambio y a participar en la construcción de un futuro mejor.

Ustedes, noveles profesores, justamente por su juventud y por su profesión entre los jóvenes, pueden ser de manera especial protagonistas de la historia y del cambio. Por de pronto, afirmense por su competencia cultural, académica; competencia que deberían cultivar, perfeccionar y actualizar constantemente, de acuerdo a las cambiantes circunstancias de los tiempos. Pero sobre todo, sepan cultivar en sus alumnos los auténticos valores humano-cristianos, como la bondad, la verdad, la belleza, la libertad, la magnanimidad, la solidaridad, el diálogo.

Me place citarles ahora un trozo del discurso que el Papa preparó para la audiencia con más de 8 mil alumnos y exalumnos de colegios jesuitas de Italia y Albania. No leyó luego el discurso, prefiriendo responder a las preguntas que los jóvenes quisieran formularle. El texto del discurso fue entregado después al encargado de prensa de la Santa Sede.

Y bien, en ese discurso, al dirigirse a los educadores ( los jesuitas, los maestros, los padres), les dijo:

“¡No se desanimen ante las dificultades que presenta el desafío educativo! Educar no es una profesión, sino una actitud, una forma de ser; para educar es necesario salir de sí mismos y estar entre los jóvenes, para acompañarlos en las etapas de crecimiento, estando a su lado.

Denles a los jóvenes esperanza, optimismo para afrontar su camino en el mundo. Enséñenles a ver la belleza y la bondad de la creación y del hombre, que siempre conserva la huella del Creador. Pero sobre todo den testimonio con su vida de lo que les comunican. Un educador ... transmite conocimientos, valores con sus palabras, pero va

a ser determinante con los niños si acompaña sus palabras con su testimonio, con su vida coherente. ¡Sin coherencia no es posible educar!”

Queridos noveles profesores, que los buenos deseos que acabo de señalarles se cumplan plenamente en ustedes. Para que así sea, confío al Señor sus personas y su profesión por la intercesión de su santísima Madre y madre nuestra celestial, la Virgen María.